

IX

Tal era la disposición de los ánimos en Europa cuando los príncipes hermanos de Luis XVI y los caballeros emigrados se desparramaron por Saboya, Suiza, Italia y Alemania á pedir socorros á las potencias aristocráticas contra la revolución. Desde las grandes emigraciones de los pueblos antiguos, que huían de las invasiones romanas, jamás se había visto un movimiento de terror y de perturbación igual al que arrojaba ahora de su territorio á todo el clero y á toda la aristocracia de una nación. Esta doble emigración de ambas aristocracias dejó un vacío inmenso en Francia: en primer lugar en los mismos escalones del trono, después en la corte, en los palacios, en las altas dignidades eclesiásticas, y finalmente en las filas del ejército. Los oficiales, que eran todos nobles, emigraron en masa, y la marina siguió muy pronto su ejemplo, aunque ésta no se afilió en las nuevas banderas. Esto no consistía en que el clero, ni la nobleza, ni los oficiales de mar y tierra fuesen más extraños que las demás clases al movimiento revolucionario de ideas que había sublevado la nación en 1789; al contrario, el movimiento había empezado por ellos, y la moderna filosofía había hecho sus primeros ensayos y tenido sus primeros adeptos en las clases más elevadas de la nación. En ellas se hallaba principalmente el pensamiento del siglo, pero no querían más que una reforma, y no una desorganización total de la sociedad. En cuanto notaron que la agitación moral de las ideas se convertía en insurrección popular, temblaron por sí mismas y se separaron del nuevo orden de cosas. Las riendas del gobierno arrancadas violentamente de manos del rey por Mirabeau y por Lafayette en el Juego de Pelota, los atentados del 5 y 6 de Octubre, la supresión sin compensación de los privilegios, la abolición de los títulos, la aristocracia entregada á la execración pública, saqueada, incendiados sus palacios, y hasta asesinada en muchas provincias; la religión despojada de sus bienes temporales y obligada á nacionalizarse por medio de un juramento constitucional, finalmente, la fuga del rey, su prisión en palacio, las amenazas de muerte que la prensa patriótica ó las tribunas de las sociedades populares vomitaban contra las aristocracias; las asonadas triunfantes en las ciudades; la defección de las guardias francesas en París, la de los suizos de Chateaufieux y Nancy; los excesos de la trópa sublevada en Caen y en Brest, que habían quedado impunes: todas estas cosas habían convertido en odio y en horror la buena acogida que había hallado en la nobleza, en sus principios, el nuevo movimiento de ideas. Veía ésta que el primer acto del pueblo era degradar á las superioridades; así es que el espíritu del orden á que pertenecían obligaba á los nobles á emigrar, el de cuerpo impulsaba á hacerlo á los oficiales, y el espíritu cortesano se avergonzaba de permanecer en un suelo manchado con tantos ultrajes como se hacían continuamente á la dignidad real. Las mujeres, que tenían entonces grande influencia sobre la opinión de Francia, y cuya imaginación ligera, sensible y tierna adopta prontamente el partido de las víctimas, estaban todas por el trono y por la aristocracia, y despreciaban á los que no iban al extranjero á buscar venganza. A su voz partían los jóvenes, y los que no lo hacían, no se atrevían á comparecer en público, porque las señoras les enviaban rucos á sus casas, como símbolo de su cobardía.

Ni era tan sólo la vergüenza por las humillaciones sufridas la que hacía engrosar las filas de la emigración con todos los nobles y oficiales del ejército, sino también la apariencia de un deber. La principal virtud de la nobleza francesa consistía en una fidelidad religiosa al trono, y su honor y su segunda y casi única religión era morir por el rey. Un atentado cometido contra la persona del rey era reputado por ellos casi como un deicidio; idea que la caballería, código de las costumbres aristocráticas, había propagado y conservado por toda Europa. Para la nobleza, la verdadera patria era el rey. Apagado un momento este sentimiento por las vergonzosas escenas de la regencia, por los escándalos de Luis XV y por las máximas enérgicas de la filosofía de Rousseau, se había avivado de nuevo en el corazón de



Grupos formados delante del Palacio Real en la noche del 6 de Octubre de 1791.—Pág. 176.

los caballeros al presenciar el abatimiento y los peligros que amenazaban al rey y á la reina. La Asamblea nacional no era á sus ojos sino una horda de vasallos sublevados que tenían cautivo á su soberano. Hasta los actos más espontáneos del rey les eran sospechosos, y bajo sus palabras constitucionales entreveían otras enteramente contrarias. Según su modo de ver, los ministros de Luis XVI no eran sino unos carceleros suyos, y entre los caballeros y el rey existía cierta inteligencia secreta. Esta fiel camarilla de leales celebraba sus sesiones en medio del secreto en las habitaciones más recónditas de las Tullerías, y el rey tan pronto les aconsejaba como les prohibía la emigración. Sus órdenes variaban según los días y las circunstancias. Ya les daba un sentido constitucional y patriótico, cuando esperaba de buena fe poder establecer y moderar la Constitución en lo interior; ya eran desesperadas y criminales, si así puede decirse, cuando le parecía que la salvación de la reina y de sus hijos no podía venir sino de fuera del reino. Mientras escribía, por conducto de su ministro de Negocios extranjeros, llamando á sus hermanos y al príncipe de Condé para que viniesen á su lado, recordándoles los deberes

de todo buen ciudadano respecto de su patria, el baron de Breteuil, que era su ministro confidencial cerca de aquellas mismas potencias, remitía al rey de Prusia cartas de su soberano en donde se veía claramente el pensamiento secreto del rey. La que ponemos á continuacion, dirigida al rey de Prusia en 3 de Diciembre de 1790, y hallada despues en el archivo de la chancillería de Berlin, no permite dudar de la doble diplomacia del desventurado Luis XVI. Dice así:

«Señor y hermano mio: He sabido por Mr. de Moustier el interes que ha manifestado V. M., no sólo hácia mi persona, sino igualmente por el bien de mi reino. Las buenas disposiciones de V. M. en mi favor, en todas las ocasiones en que pueden ser útiles al bien de mi pueblo, han excitado vivamente mi sensibilidad. Yo las reclamo con entera confianza en este momento en que, á pesar de haber aceptado la nueva Constitucion, los facciosos manifiestan á las claras su proyecto de concluir con lo poco que queda ya de monarquía. Acabo de dirigirme al emperador de Rusia y á los reyes de España y Suecia, á los que he propuesto la idea de un Congreso compuesto de las principales potencias europeas y *apoyado en una fuerza armada*, como única medida para contener á los facciosos, hallar los medios de establecer otro orden de cosas más apetecible, é impedir que el mal que nos agobia se propague á los demas Estados de Europa. Espero que V. M. aprobará mis ideas y *que guardará un riguroso silencio sobre el paso que doy ahora*. V. M. conoce muy bien que las circunstancias particulares en que me hallo me obligan á ser muy circunspecto, por cuya razon nadie más está en el secreto que el baron de Breteuil, á quien V. M. podrá decir lo que guste sobre el particular con entera confianza.»

Esta carta, unida á la de Luis XVI á Mr. de Bouillé, anunciándole que su cuñado el emperador Leopoldo iba á hacer marchar un cuerpo de ejército sobre Longwy para motivar una reunion de tropas francesas hácia aquella frontera, y favorecer de este modo la fuga del rey, son pruebas irrecusables de la inteligencia secreta que mantenía el rey, tanto con las potencias extranjeras como con los jefes de la emigracion. Las memorias de los emigrados están llenas de estos indicios. La misma naturaleza de las cosas confirma su certeza. La causa de los reyes, de las aristocracias y de las instituciones eclesiásticas es solidaria. El emperador Leopoldo era hermano de la reina, y los peligros del rey eran comunes á todos los príncipes, porque el ejemplo de un pueblo triunfante era contagioso para todos los pueblos. Los emigrados eran amigos particulares del rey y partidarios decididos de la monarquía; así es que sin hablarse se entendían por la comunidad de pensamientos y de intereses. Además, se servían de comunicaciones secretas, y las sospechas del pueblo, en vez de ser quiméricas, eran el justo presentimiento de las maquinaciones de sus enemigos.

La conspiracion de la corte con todas las demas, la de las aristocracias extranjeras con las del reino, la de los emigrados con sus parientes, y la del rey con sus hermanos, no tenía necesidad de verse escrita. El mismo Luis XVI, revolucionario el más sincero de cuantos hombres han ocupado un trono, no abrigaba un pensamiento perverso de traicion, ni contra la revolucion ni contra su pueblo, al implorar el socorro ó la manifestacion armada de las potencias. La idea de hacer una llamada á las tropas extranjeras ó á las fuerzas de la emigracion no existía en el fondo de su alma. Temía la intervencion de los enemigos de Francia, desaprobaba

la emigracion, y no dejaba de tener algun recelo de sus propios hermanos, que intrigaban por fuera tomando muchas veces su nombre, y la mayor parte de ellas contra la voluntad del rey. Repugnábale pasar á los ojos de Europa por un príncipe que se hallaba bajo tutela, y cuyos ambiciosos hermanos usurpaban sus derechos, apropiándose la defensa de su causa y estipulando intereses que debían satisfacerse sin que hubiese intervenido al estipularlos. En Coblenza se hablaba sin rebozo de nombrar una regencia, para la cual se señalaba al conde de Provenza, que era el hermano que en el orden de primogenitura seguía á Luis XVI. Esta regencia, concedida á un príncipe de la sangre por la emigracion mientras el rey luchaba en Paris, humillaba profundamente á Luis XVI y á la reina. Esta usurpacion de los derechos de su soberanía, aunque se cubriese con los pretextos de adhesion y de ternura, les era quizá más amarga que los ultrajes de la Asamblea y del pueblo. Los más temibles enemigos para los príncipes son sus parientes más inmediatos, y la emigracion, en el caso de triunfar, no prometía al rey otra cosa que un trono disputado por el regente que lo había levantado. El reconocimiento que forzosamente le debería en semejante caso le parecía vergonzoso, y no sabía si tendría más motivos de temer que de esperar de los emigrados.

La reina, en sus conversaciones particulares, hablaba de ellos con más amargura que confianza. El rey se lamentaba en voz alta de la desobediencia de sus hermanos, y desaconsejaba la fuga á todos aquellos de sus servidores que le consultaban sobre el particular. Estos consejos, sin embargo, variaban segun se presentaban las circunstancias. El rey, como todos los hombres colocados entre la esperanza y el temor, se doblaba ó erguía bajo el imperio de los sucesos. El hecho era culpable, la intencion no era criminal. No era el rey el que conspiraba, era el hombre, el marido y el padre, que buscaba en el apoyo extranjero la salvacion de su mujer y de sus hijos. No se hacía culpable sino cuando estaba desesperado. Las negociaciones se rompían y se renovaban sin cesar, lo que se decretaba hoy se revocaba mañana, y los agentes secretos de estas tramas, provistos de los poderes revocados, se servían todavía de ellos contra la voluntad del rey para continuar dando pasos en su nombre. Las contraórdenes no se obedecían; el príncipe de Condé, el conde de Provenza y el de Artois, cada uno tenía su cuerpo diplomático y su corte, y todos abusaban del nombre del rey para hacer prevalecer su crédito y su política. De ahí provienen las dificultades que se les ofrecen á los historiadores de aquella época para poder conocer la mano del rey en todas estas tramas urdidas en su nombre, y para pronunciarse entre su completa inocencia y sus connivencias con el extranjero. Luis no vendió á su país ni á su pueblo, pero no guardó el juramento que había prestado á la Constitucion. Hombre honrado, pero perseguido como rey, creyó que unos juramentos arrancados por violencia y eludidos por el temor, no podían hacerle cometer un perjurio aún cuando faltase á ellos, tanto más, cuanto que diariamente estaban faltando todos á los que le habían prestado. Sin duda pensó que los excesos del pueblo le autorizaban á faltar á la religion del juramento y al honor de la palabra empeñada. Criado en el prestigio de su soberanía personal, buscó de buena fe, en medio de todos los partidos que se disputaban el imperio, en dónde se hallaba la nacion, y no encontrándola en ninguna parte, creyó serle permitido el verla en su persona. Su crimen, si semejante palabra es aplicable á un príncipe como Luis XVI, no debe reputarse como hijo

de su alma, sino como efecto de su educacion, y producido por su situacion particular y por sus desgracias.

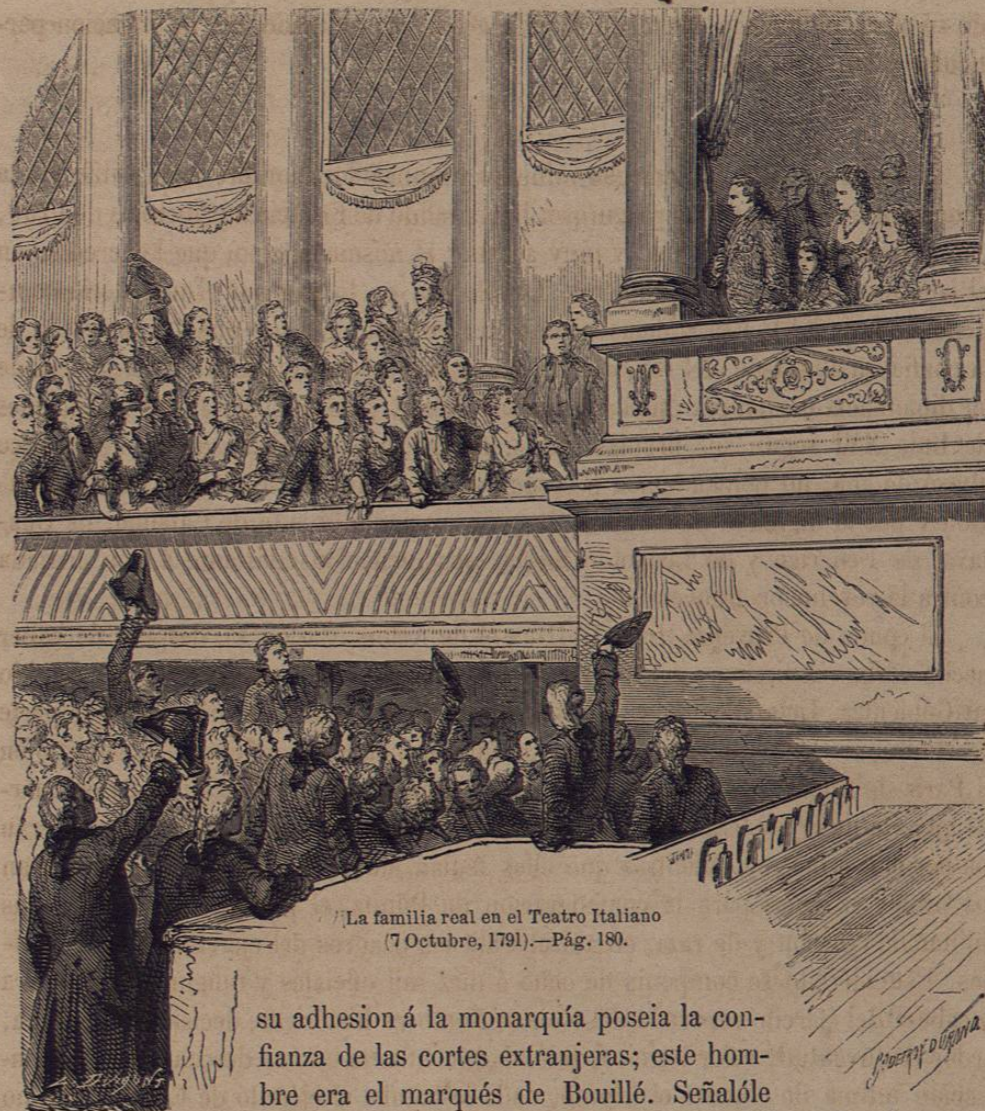
X

El baron de Breteuil, antiguo ministro y embajador, hombre inaccesible á toda concesion, consejero fuerte y riguroso, habia salido de Francia á principios de 1790, con poderes secretos del rey, y muy amplios al mismo tiempo, que le acreditaban al lado de las potencias extranjeras. El solo era en lo exterior el ministerio completo de Luis XVI. Era ademas su ministro absoluto, porque una vez investido de la confianza ilimitada del rey, que no podia retirársela sin minar la existencia de su diplomacia oculta, era dueño de abusar de ella y de interpretar las intenciones de Luis XVI segun sus propias miras. Dícese que, en efecto, aquel diplomático abusó de ella, no por ambicion personal, sino por un exceso de celo por la salvacion y por la dignidad de su amo. Sus negociaciones al lado de Catalina, de Gustavo, de Federico y de Leopoldo fueron una incitacion constante á una cruzada contra la revolucion francesa.

El conde de Provenza (Luis XVIII) y el de Artois (Cárlos X), despues de haber hecho várias excursiones á las cortes del Mediodía y del Norte, se habian reunido en Coblenza. Luis Wenceslao, elector de Tréveris, tio de los príncipes por parte de madre, les hizo una acogida más cordial que política. Coblenza se convirtió en el Paris de Alemania, en centro de la conspiracion contrarevolucionaria y en cuartel general de la nobleza francesa, reunida en torno de sus jefes naturales, que eran los hermanos del rey. Miétras que ellos tenian allí su corte ambulante y ataban los primeros cabos para la confederacion de Pílnitz, el príncipe de Condé, más militar de corazon y de raza, organizaba allí los cuadros del ejército de los príncipes. Este ejército se componia de ocho ó diez mil oficiales y ningun soldado; era la cabeza del ejército separada del tronco. Nombres históricos, decision acreditada, ardor de juventud, valor heroico, fidelidad, confianza en sus derechos, y una conviccion íntima de obtener el triunfo, nada le faltaba al ejército de Coblenza, á no ser el conocimiento de su país y de su época. Si la nobleza francesa emigrada hubiese empleado en servir y en regularizar la revolucion la mitad de los esfuerzos y de las virtudes que desplegó para combatirla, aquélla, al cambiar las leyes, no hubiera destruido la monarquía. Pero jamás se debe exigir de las instituciones que comprendan lo que las transforma. El rey, los nobles y el clero no podian comprender una revolucion que destruia la nobleza, el clero y el trono. Era preciso luchar, y no habiendo terreno en Francia en donde hacerlo, tomaron pié en el extranjero.

XI

Miétras que el ejército de los príncipes iba engrosando en Coblenza, la diplomacia contrarevolucionaria tocaba al primer resultado de consideracion que podia prometerse, segun el estado en que se hallaba entónces Europa. Abriéronse las conferencias de Pílnitz. El conde de Provenza acababa de enviar al baron Roll á verse con el rey de Prusia y á pedirle tropas en nombre de Luis XVI y del restablecimiento del orden en Francia. El rey de Prusia, ántes de decidirse, quiso informarse sobre el estado de Francia, de un hombre que por sus talentos militares y



La familia real en el Teatro Italiano
(7 Octubre, 1791).—Pág. 180.

su adhesion á la monarquía poseia la confianza de las cortes extranjeras; este hombre era el marqués de Bouillé. Señalóle para la entrevista el castillo de Pílnitz, y le rogó que le llevase un plan de operaciones de los ejércitos extranjeros sobre las diferentes fronteras de Francia. El 24 de Agosto, Federico Guillermo, acompañado de su hijo, de sus principales generales y de los ministros de su mayor confianza, llegó al castillo de Pílnitz, residencia ordinaria de la corte de Sajonia en el verano. El emperador habia llegado allí ántes.

El archiduque Francisco, que fué despues Francisco II, el feldmariscal Lacy, el baron de Spielman y una corte numerosa rodeaban al emperador; los dos soberanos rivales en Alemania parecia que habian olvidado su rivalidad por un momento, para no ocuparse más que de salvar todos los tronos. Esta fraternidad de la gran familia de los monarcas prevaleció sobre cualquier otro sentimiento, y trataron más como hermanos que como soberanos. Su huésped, el elector de Sajonia, consagró esta conferencia con magníficas fiestas.

En medio de un banquete anunciaron la llegada inesperada del conde de Artois á Dresde. El rey de Prusia solicitó el permiso del emperador para que compareciese allí el príncipe frances. Concedióse este permiso, pero ántes de admitir al conde de Artois á las conferencias oficiales, los dos monarcas se encerraron para

hablar en secreto, acompañados únicamente de sus amigos más íntimos. El emperador estaba por la paz; la inercia del cuerpo germánico pesaba sobre sus resoluciones, y sentía la dificultad de imprimir á esta federacion vasalla del imperio la unidad y la energía necesarias para atacar á Francia en la furia de su revolucion. Los generales, y el mismo mariscal Lacy, vacilaban en vista de unas fronteras tenidas por inexpugnables, y el emperador temia por los Países Bajos y por Italia. Las máximas francesas habian atravesado el Rhin, y podian causar una explosion en los Estados alemanes en el momento en que se pidiese á los príncipes y á los pueblos que se levantasen contra Francia, y la Dieta popular podria tal vez más que la de los soberanos. Unas medidas mixtas y dilatorias producirian el mismo efecto de intimidacion sobre el genio revolucionario, sin ofrecer iguales peligros para Alemania. ¿No era más prudente formar una liga general de todas las potencias europeas, y rodear á Francia de bayonetas, intimando entónces al partido triunfador que volviése la libertad al rey, la dignidad al trono y la seguridad al continente? «Si la nacion francesa se niega á ello,—añadió el emperador,—la amenazarémos, en un manifiesto, con una invasion general, y si ésta se hace necesaria, la aplastarémos bajo la irresistible masa de todas las fuerzas de Europa reunidas.» Tales eran los consejos del genio contemporizador del imperio, que siempre aguarda á obrar por necesidad, que jamás se adelanta á ella, y que quiere asegurarlo todo sin arriesgar nada.

El rey de Prusia, más impaciente y más amenazado que los otros, confesó francamente al emperador que él no creía en la eficacia de aquellas amenazas. «La prudencia—le dijo—es un arma insuficiente contra la audacia. Estar á la defensiva es indicar que se teme á la revolucion. A ésta es preciso atacarla desde la cuna. Dar tiempo á los principios franceses, es darles fuerza; entrar en negociaciones con la insurreccion popular, es mostrar que se la teme y que se está dispuesto á tratar con ella. Es preciso sorprender á Francia *in fraganti* delito de anarquía, y no dar el manifiesto europeo hasta despues que las bayonetas hayan atravesado las fronteras y que, triunfantes ya las armas, hayan dado autoridad á las palabras.»

Al emperador parecia que le hacian fuerza estas razones; insistió, sin embargo, sobre los peligros á que una invasion repentina expondría á Luis XVI, y enseñó varias cartas de este príncipe; confió tambien al Congreso que el marqués de Noailles y Mr. de Montmorin, embajador el uno de Francia en Viena, y ministro el otro de Negocios extranjeros en Paris, ambos afectos al rey, hacian esperar á la corte de Viena el pronto restablecimiento del orden y de modificaciones á la Constitucion francesa en sentido monárquico. Pidió que se suspendiese toda decision hasta el mes de Setiembre, sin que esto obstase para que el tiempo que mediaba hasta entónces se emplease en hacer preparativos y en tener disponibles todos los recursos militares de las dos potencias.

La escena varió de aspecto al dia siguiente, con la llegada del conde de Artois. Este jóven príncipe habia sido dotado por la naturaleza con todos los dones exteriores de un caballero. Hablaba á unos soberanos en nombre de los tronos, y al emperador en el de una hermana que iba á perder el suyo, y que se veía ultrajada por sus vasallos. Toda la emigracion, con sus desgracias, su nobleza y sus ilusiones, parecia haberse personificado en el conde de Artois. El marqués de Bouillé y Mr. de Calonne, es decir, el genio de la guerra y el de la intriga, le habian seguido

á aquellas conferencias. El conde de Artois obtuvo varias audiencias de los dos soberanos, en las que habló con energía y con respeto contra el sistema de contemporizacion del emperador. Logró poner en accion la lentitud germánica, y el emperador y el rey de Prusia autorizaron al baron de Spielman por Austria, al de Bischofswerder por Prusia, y á Mr. de Calonne por Francia, á reunirse aquella misma noche y á redactar de comun acuerdo un proyecto de declaracion para presentarlo á la sancion de los monarcas.

El baron de Spielman, bajo la inspiracion directa del emperador, fué el redactor de este documento. Mr. de Calonne, en nombre del conde de Artois, combatió en vano ciertas reservas que desconcertaban la impaciencia de los emigrados. Al dia siguiente, á la vuelta de una excursion á Dresde, los dos soberanos, el conde de Artois, Mr. de Calonne, el mariscal Lacy y los dos negociadores se trasladaron al cuarto del emperador. Se leyó ó se discutió la declaracion, se pesaron todas las razones en pro y en contra, modificáronse algunas expresiones, y á propuesta de Mr. de Calonne y á instancias del conde de Artois, consintieron el emperador y el rey de Prusia en la insercion del último período de ella, en el cual la guerra se mostraba suspensa sobre la revolucion.

Hé aquí esta pieza, que fué el anuncio de una guerra de veintidos años:

«Habiendo oido el emperador y el rey de Prusia los deseos y las representaciones de *Monsieur* y del señor conde de Artois, declaran mancomunadamente que miran la situacion en que se encuentra actualmente el rey de Francia como objeto de comun interes para todos los soberanos de Europa. Ambos monarcas esperan que este interes no puede ménos de ser reconocido por las potencias cuyo auxilio se reclama, y que por consiguiente, no se negarán á emplear, en union con el emperador y el rey de Prusia, los medios más eficaces, y en proporcion á las fuerzas de cada una de ellas, para poner al rey de Francia en estado de consolidar con completa libertad las bases de un gobierno monárquico, que sea tan conveniente á los derechos de los soberanos como al bienestar de los franceses. Entónces y en semejante caso, SS. MM. están decididas á obrar prontamente y de comun acuerdo con las fuerzas que sean necesarias para conseguir el comun objeto que se han propuesto. Entre tanto, darán á sus tropas las órdenes convenientes para que se hallen dispuestas á obrar en llegando la ocasion.»

Se ve claramente que esta declaracion, tímida y amenazadora á la vez, era demasiado para conservar la paz, y muy poco para encender la guerra. Semejantes palabras atizaban la revolucion en vez de sofocarla. Descubriáse en ellas á un mismo tiempo la impaciencia de los emigrados, la resolucion del rey de Prusia, la vacilacion de las potencias y la contemporizacion del emperador. Era aquélla una especie de concesion á la fuerza, á la debilidad, á la guerra y á la paz, y se trasladaba en aquel escrito el estado en que toda Europa se hallaba. Era, finalmente, una manifestacion evidente de la incertidumbre y de la anarquía de los gabinetes.

XII

Despues de este acto tan imprudente como insuficiente, los dos soberanos se separaron. Leopoldo fué á Praga á coronarse, y el rey de Prusia á Berlin á poner su ejército en pié de guerra. Triunfantes los emigrados por lo que habian obtenido,